

EL CORTOMETRAJE EN LA ZONA PENUMBROSA DEL CINE VENEZOLANO

▣ OSCAR GARAYCOCHEA

Cada tanto, lo que resulta evidente para todos, se revela como incompleto o falso para algunos. Lo inhabitual, en esos momentos, puede ser la observación desprejuiciada que se dedica a lo por todos conocido (y pocas veces visto), desnudando los errores que la costumbre impide considerar tales.

Para referirnos a lo nuestro: el cine menos evidente en Venezuela, puede ser el menos claudesino. La noción misma del "cine venezolano" puede estar distorsionada de modo tal, que entre aquello que se describe y la realidad no exista la total concordancia que la mayoría supone.

Sin entrar a juzgar la verdad o falsedad de las respuestas, ¿qué es el "cine venezolano" para quienes se ocupan del tema?

Las dos categorías que lo forman pueden ordenarse de acuerdo a la frecuencia decreciente de las menciones:

a) los filmes de largometraje producidos por el capital privado o con el aporte del Estado;
b) los filmes de cortometraje de varios géneros, producidos mediante subsidios municipales, aportes de universidades o por cuenta de quienes pueden costearse un "hobby" tan exclusivo.

Muy recientemente, se ha incorporado una tercera categoría:

c) el cine en Super 8, de cualquier género, duración y financiamiento.
Los espacios de la prensa dedicados a la farándula, las secciones informativas sobre exhibición, las críticas de mayor o menor aliento, las notas sobre procesos de producción, los comunicados de las asociaciones profesionales inclusive, sólo reconocen la pertinencia de esas tres categorías.

Respecto al resto, al excedente, a lo marginado por esas tres categorías, el silencio es tan completo que debiéramos suponer que no existe.

Cuando son tantos los discursos que coinciden y se apoyan unos en otros, legalizándose mutuamente, los ingenuos tienden a confundir los discursos con la realidad misma. Como producto del acuerdo, no hay otro cine que aquel que se dice, aunque todos los días se esté viendo el otro cine.

Como en el cuento de Andersen, el Rey está desnudo, a la vista de todos, pero nadie se atreve a reconocerlo.

Sin pretender agotar la descripción de un cine "invisible" para tantos, agregaremos a la lista anterior:

- d) las cuñas que loan las delicias del consumo de mercancías, o buscan la memorización de slogans políticos;
- e) los noticieros, dedicados habitualmente a publicidad paga por el Estado y las empresas privadas, y que pueden incluir notas más interesadas, los "editoriales", que aparecen cuando el flujo publicitario se reduce;
- f) los documentales que suele financiar el Estado, unas veces para describir un proceso industrial, otras para halagar el narcisismo de algún funcionario, las menos para informar a la comunidad;



g) los filmes didácticos, por lo general destinados a la difusión por TV, en circuitos cerrados o abiertos, que producen las universidades y el Ministerio de Educación.

Quizás una nota de Rodolfo Izaguirre analice un documental de Henry Nadler que expone el funcionamiento de la presa de Guri; quizás un programa de Ricardo Tirado en el canal 5 presente varios cortos de Javier Blanco. Eso es todo y es poco. Mucho menos probable es que la Cinemateca Nacional llegue a programar algunos de estos cortometrajes. Que un documental de Alfredo Anzola haya sido visto (y premiado) por los críticos, a pesar de su patrocinante oficial, mueve al asombro.

El silencio sobre todo de este cine, pudiera ser casual, si no verificáramos que es unánime. No es que se lo condene en forma parcial o completa: sólo se calla su existencia. Productores y críticos de Venezuela coinciden en esto (difícil resulta encontrar acuerdos parecidos), al omitir toda referencia a la mayor parte de la producción cinematográfica del país, en lo absurdo que parece cualquier intento de valoración.

Es como si un área no desdeñable de la experiencia colectiva permaneciese bloqueada, "in-documentada". Aunque visible, fácil de constatar, material, esa realidad es para muchos inaceptable; por lo tanto, el ojo, el oído, el cerebro, se convierten en bastiones del rechazo. Aquello que no es nombrado, parece confundirse con lo inexistente, debe ser la idea central. Aquello que desea ignorarse, pronto se olvida y entierra: los mitos quedan intactos.

No es que esto le suceda a los consumidores masivos: ellos ven y dicen conocer este cine tanto como el otro, o mejor aún. La caña más trivial merece más comentarios que cualquier largometraje. Los mecanismos de análisis que estos espectadores aplican, pueden ser erróneos o deficientes, pero caen por igual sobre unos filmes y otros.

El silencio afecta solamente a productores y críticos; es decir, a quienes tienen mayor acceso a la difusión de sus palabras, quienes poseen "autoridad" en la materia, quienes suelen imponer sus valores al resto de la audiencia.

Es como si las tres primeras categorías del "cine venezolano" definiesen a un cine "bueno" y las restantes al "malo". Sin duda, esta dicotomía suena bastante primitiva, pero suele ser muy útil durante la primera infancia, como base de otros sistemas ideológicos más complejos. Suponemos que un adulto necesita paradigmas más variados y flexibles, pero en el caso de nuestro

cine, el silencio sobre un sector considerable de la realidad pudiera estar fundado inconscientemente sobre una valoración similar.

Cuñas, noticieros, documentales de encargo, "No existirían" porque se los detesta o producen vergüenza, como ciertos miembros de una familia, descarriados o deformes, que nadie nombra. También podría ser interpretado este silencio como un mecanismo neurótico: aquellos que molesta, carece de existencia; en tal caso, habría que leer en el silencio una confesión de derrota. Se calla el poder de lo que teme. En la realidad, el cine venezolano ha sido el cine del que no se habla. El otro cine (el que queda libre de esta particular censura) puede ser un cine del deseo, cuya existencia es casi exclusivamente imaginaria, verbal, un objeto convocado por el discurso, un amado fantasma.

La realidad "cruda" es que no existe producción y exhibición regular de largometrajes y cortos, que el financiamiento es unas veces caprichoso y otras contradictorio (hay mecanismos para que el productor pequeño se endeude, pero no los hay para que la inversión se reproduzca).

La real industria del cine, puede prescindir del cine del que se habla. Esto será muy lamentable, pero ni distribuidores, ni exhibidores, ni propietarios de laboratorios, ni productores de cuñas y noticieros, ni el Estado mismo, sufrirán demasiado con la desaparición del cine del que se habla. Una Venezuela consumidora de cine, pero sólo muy ocasional productora, fue el quema predominante en el pasado, y nada nos asegura que no regrese.

Curiosamente, el silencio sobre el cine venezolano que no se desea, facilita la supervivencia de sus peores características, la reproducción cómoda de sus valores tradicionales, la imposibilidad de hacerlo cambiar. En la zona penumbrosa donde lo conservan productores y críticos, se organiza un completo universo de no-valores. En él, lo mejor es aquello que puede ser más rentable, menos conflictivo con la voluntad del cliente; lo peor es aquello que reduce la renta, lo experimental, lo que se desvía del deseo del cliente, la subjetividad o el punto de vista propio del equipo productor. Reino de lo consabido, lugar donde se actualiza la ideología dominante, este cine carece en Venezuela de Historia, permanece flotante, al margen de la Historia, forma parte de ese doble mercado donde las divisiones de la sociedad se manifiestan y se vuelven aceptables para algunos: lo alto para los pocos, lo bajo para la mayoría.

Si hemos comenzado a interpretar las comiquitas, los teleculebrones, las letras de las canciones populares, los "grafiti" de tantos muros, como rechazo a una concepción conformista de la cultura escindida, el objeto "cine venezolano" nos enfrenta con sus enigmas, con sus terrenos inexplorados, a la espera de que se intente pensarlos. Debemos esforzarnos para vivir en la realidad, no como obedientes repetidores de esquemas; de los productores de cine (de **todo** el cine venezolano, sin fronteras) hay que reclamar un trabajo responsable, por lo tanto no anónimo ni vergonzante; de los críticos hay que reclamar un verdadero estudio, una información exhaustiva, una conciencia de su poder como agentes de cambio cultural.

ANEXO

- Ver: 1) Boletín Comunicación N° 6: "Cine Nacional" (1976).
2) Boletín Comunicación N° 27: "Cine Venezolano" (1980)
3) Jesús M. Aguirre y Marcelino Bisbal: "El Nuevo Cine Venezolano". Edt. Ateneo, Caracas 1980.

